

Trauma. Herencia, palabra y acción colectiva.

Autor/a: **Almudena Hernando** (coordinadora)

Editorial: **Traficantes de sueños: Madrid, 2023**

Reseña bibliográfica: **Agustina Fernández**

Trauma. Herencia, palabra y acción colectiva es una producción colectiva coordinada por Almudena Hernando. Las autoras, psicólogas y psicoanalistas, estudian en cada capítulo el trauma colectivo y la transmisión generacional del mismo. El trauma se inscribe socialmente y pasa de generación en generación, frecuentemente en silencio, y genera efectos que hasta los propios afectados desconocen. El libro se propone explorar a partir de distintas voces cómo ese trauma puede seguir doliendo años y generaciones después, cómo lo no dicho se transmite y eventualmente aparece una y otra vez: “habrá huellas, al menos en síntomas que continuarán ligando a las generaciones entre sí, en un sufrimiento del cual les seguirá siendo desconocida la apuesta que sostiene.” Para lidiar con el trauma, la elaboración. Se plantea el psicoanálisis como escucha atenta capaz de dismantelar las capas ocultas del pasado, capaz de elaborar lo que hasta el momento no pudo ser dicho, como posibilidad de metabolizar el sufrimiento.

Mariana Wikinski, psicoanalista y autora del primer capítulo, analiza la construcción del testimonio y los obstáculos que se le presentan a una víctima de un suceso traumático al testificar sobre los sucesos vividos. Define el trauma como “la ruptura de la membrana psíquica protectora, irrumpe en un aparato psíquico impreparado, lo inunda, atenta contra su organización y rompe el equilibrio con el que el aparato funcionaba hasta ese momento”. Lo importante del trauma, entonces, es el modo en el que se inscribe en el aparato psíquico. Lo traumático es aquello que no se puede decir pero que sin embargo produce una transformación radical del psiquismo y el mundo emocional. En la dimensión colectiva debemos observar qué significaciones produce el trauma en la sociedad, qué marcas dejó en la historia de un pueblo. El trauma siempre habla, nunca es mudo. Esto no significa

necesariamente la palabra, pero aunque no hable con palabras, el trauma siempre deja huellas.

El testimonio, tratado en el capítulo como un género discursivo con sus propias características y pautas, se construye en un contexto político determinado y en diálogo. Se necesita escucha e interpretación para que haya testimonio. Lo cierto es que a la hora de la construcción del testimonio, se encuentran ciertos obstáculos. La narración de lo traumático en sí conlleva un proceso laborioso ya que no implica simplemente relatar los hechos ocurridos sino de la posibilidad de simbolización y significación de lo sucedido. La declaración ante la justicia es otro de los obstáculos que se presentan, ya que este proceso psicoanalítico mencionado previamente no siempre va de la mano de la concepción jurídica de los sujetos como racionales, además de la exposición que implica una declaración judicial. La vergüenza y el hablar en nombre de otro también dificulta el proceso de la construcción del testimonio. La vergüenza de sentir que se está traicionando a los ideales y hablar en nombre de otro, de quiénes están ausentes, de los desaparecidos, pero sin apropiarse de su palabra. Sin embargo, el testimonio adquiere centralidad en casos históricos de trauma colectivo como lo fue el proceso genocida argentino. Las declaraciones de los testigos, como fuente central, fueron campo de disputa respecto de la verdad de los hechos.

La psicoanalista Nora Levinton Dolman escribe en el segundo capítulo sobre las huellas de lo traumático, el trauma y las secuelas y cómo cualquier nuevo trauma puede reactualizar anteriores, cómo pueden reactivarse viejos miedos ante cada nueva vulnerabilidad. En este caso, en su caso, la pandemia reactivó el trauma del proceso genocida argentino. La ruptura de la seguridad en la relación social, la falta de control, reactivó esa vivencia de estar constantemente en peligro. El trauma se inscribe no sólo en el psiquismo sino también en el cuerpo, y ella lo recordó con el cuerpo. La magnitud de lo inconsciente, otra vez, las capas ocultas del pasado vuelven con fuerza y reaparecen con cada dolor del presente.

La pandemia modificó la vida tal como la conocíamos, puso a prueba el modo de relacionarnos con el mundo, nos enfrentó a situaciones de constante temor y peligro. La

información continua, el recuento de muertos diarios, de enfermos, contagiados, la curva de infectados, el aislamiento, ninguna certeza. La sensación de vulnerabilidad ante el peligro, el riesgo constante y el miedo despertó en la autora el fantasma del pasado, dejando de manifiesto las secuelas de aquel trauma original.

La autora plantea la elaboración como un punto clave para sanar el trauma. La elaboración, así como el trauma, puede ser colectiva y la propuesta es tal: generar espacios de escucha empática colectiva, transitar el duelo con otros, promover la acción colectiva, la escucha, y hacer especial hincapié en “la importancia de la conexión, de la vinculación como forma de resistencia al mandato de disciplinar nuestro mundo afectivo hasta límites imposibles.”

María Reneses Botija, psicóloga y antropóloga, en el tercer capítulo, analiza cómo lo social y lo individual están estrechamente relacionados. La autora incorpora la dimensión colectiva a lo traumático del presente y la posibilidad de elaboración colectiva.

Las patologías de salud mental actuales están íntimamente relacionadas con el contexto político y social. El malestar político, social y económico se traduce en la práctica clínica y en el ascenso de los diagnósticos. La autora analiza la experiencia de personas que transitaban la Plataforma de Afectados por la Hipoteca, (un movimiento social español creado en 2009 como respuesta a la crisis inmobiliaria de 2008) cuya participación ayudó a revertir los elementos centrales de la subjetividad neoliberal, habilitando otro tipo de proceso de subjetivación. Lejos del individuo autónomo del neoliberalismo, en la PAH se reforzaron los lazos comunitarios, y la ayuda mutua. La concepción de sujeto del neoliberalismo impacta en las subjetividades contemporáneas. La individualidad, la expectativa de máxima productividad, la iniciativa individual de éxito se convierte en malestar, presión que deriva en ansiedad y, como contracara de la misma moneda, depresión. Las subjetividades se encuentran en crisis: el síntoma contemporáneo es sentirse vacío. En un contexto en donde todo se mide en términos de éxito o fracaso, la ansiedad y la depresión, se convierten en los diagnósticos más comunes de la época. La vergüenza, como un síntoma de los malestares contemporáneos, el sentir que no se está a la altura, el temor a no poder gestionar la propia autonomía. El aislamiento y la soledad

como otro de los síntomas que destaca la autora, se presenta como una necesidad de repliegue. Por esto, la PAH, se presenta como un espacio de cohesión social y resulta un ejemplo de la importancia de dar un sentido a lo traumático y reforzar lo colectivo. No estar solo, compartir el sufrimiento, el apoyo mutuo como posibilidad de elaboración colectiva.

Las psiquiatras y psicoanalistas Lucila Edelman y Diana Kordon a cargo del cuarto capítulo del libro estudian los efectos psicológicos y psicosociales de la represión en Argentina y plantean formas de superar el trauma en colectivo. Las autoras plantean que los traumas colectivos inciden en el cuerpo social en su conjunto y no solo en los afectados más directos. La situación traumática afecta a la sociedad y esta se transmite a las generaciones siguientes. El trauma puede producir efectos a corto (inmediato), mediano y largo plazo. El trauma, como exceso de estímulo que no se llega a elaborar, se inscribe en el psiquismo como algo que desorganiza la vida psíquica. Lo traumático es constitutivo y constituyente del funcionamiento psíquico.

El horizonte es superar el trauma en colectivo. En Argentina tenemos una tradición de conquistar las calles, de acción pública colectiva. Estas diversas experiencias de movilización, de ocupar los espacios públicos, de expresar demandas ayudan a la elaboración colectiva, son “actos que tienen efectos instituyentes en el cuerpo social y pueden producir nuevos discursos contrahegemónicos.” Dichas acciones y agrupaciones para lidiar con las situaciones traumáticas favorece a la reparación y elaboración social y personal, y permite transitar en conjunto los duelos de los traumas colectivos.

Lo importante es la elaboración, la posibilidad de duelar y sanar. La dictadura significó y significa hasta el día de hoy, un trauma colectivo, pero afortunadamente la sociedad argentina encuentra varios momentos de elaboración colectiva. Así, las baldosas, las conmemoraciones, los 24 de marzo en la Plaza de Mayo, las acciones sociales, forman parte de hacer algo con aquello traumático.

El último capítulo es un texto de Anna Miñarro, psicóloga clínica y psicoanalista. Se encarga de analizar el trauma que ocasionó el genocidio español. Define genocidio como “la negación del derecho a la existencia de un grupo.” El miedo, utilizado como método de control y tortura, junto con la violencia que implica la falta de reconocimiento de la

existencia traducida en fosas comunes. Esto quedó inscripto en las generaciones siguientes, y así la realización simbólica de las prácticas genocidas.

Para lidiar con esa pérdida, la autora remarca la importancia de la elaboración, del duelo como un proceso fundamental que tiene por objetivo metabolizar el sufrimiento. En el caso del genocidio, la figura del desaparecido hace algo más dificultoso el duelo, porque resulta una ausencia interminable. El no conocer los datos precisos de la pérdida, genera consecuencias enormes en la psiquis.

Fueron variadas las prácticas represivas llevadas adelante por el franquismo. Secuestro, tortura, detención en campos de concentración, trabajo forzoso, muerte, entre otras. Esto generó un trauma intramitable que indudablemente se transmitió generacionalmente. El trauma de generación en generación, como algo que hace daño y perdura en el tiempo. Cuando en la primera generación no se da lugar a la elaboración del duelo, las siguientes generaciones no tienen suficientes herramientas para lidiar con ello: “aquello que no se puede explicar, aquello que no se puede decir se convertirá en secretos y duelos ancestrales.”

El franquismo no solo trató de borrar la memoria colectiva sino también impidió cualquier posible curación de las heridas psíquicas. Pero frente a este panorama, ante el miedo y el silencio, el testimoniar aparece como posibilidad de elaboración, como un instrumento capaz de reducir los síntomas, la capacidad del lenguaje de reparar, de reconocer: “ que la narración testimonial se convierta en una alternativa para romper la barrera del silencio”. El testimonio como una forma de devolverle la palabra a los silenciados.

Para concluir, el libro es un gran aporte al campo de la psicología social, un hermoso encuentro entre psicoanálisis y sociología. La de las autoras es una importante contribución al estudio del trauma, su dimensión social y colectiva y la transmisión del mismo. Con el horizonte y deseo de elaboración colectiva. Es un gran aporte no sólo académico sino también político. Observar al proceso genocida como un trauma colectivo implica confirmar que nos pasó a todos, que ese trauma no solo incidió en los afectados directos sino también en todo el conjunto social, en todos nosotros. Y, entonces, si el proceso genocida es un

trauma colectivo, así se transmite, de generación en generación. La transmisión del trauma, silenciosa muchas veces, deja huellas hasta el día de hoy. A 40 años de la recuperación de la democracia, las marcas de aquel trauma dejan secuelas en la sociedad argentina. Porque el genocidio, afectó no solo a aquella generación, sino también a las siguientes. La transmisión del trauma del proceso genocida fue efectiva, inscrita en el psiquismo colectivo y de cada uno. Pero así como es un trauma colectivo, la elaboración debe serlo también. En Argentina afortunadamente hay experiencias de elaboración colectiva: las movilizaciones populares, cada 24 de marzo en la Plaza de Mayo, los pañuelos blancos, las rondas de los jueves, la acción colectiva, el grito de 30 mil compañeros detenidos desaparecidos presentes (ahora y siempre). Recordamos el trauma, traemos al presente a los detenidos desaparecidos, los incorporamos al *nosotros* de hoy: “Hacemos presente el aniquilamiento, cumplimos nuestra promesa de no olvidar pero además los incorporamos a nuestra propia historia, a nuestro ser y estar en el mundo de hoy.”¹ (Silveyra, 2020, p. 7) El trauma compartido se duela, recordando; se repara en comunidad. Porque la salida siempre es colectiva.

La lectura del libro y la posterior escritura de esta reseña implicó, además de un lindo desafío académico, enfrentarme a mis propios traumas. El libro a cuestas, en la cartera, yendo y viniendo de las sesiones de terapia, fue, eventualmente, puntapié e insumo para una sesión de análisis. El libro llevado a mi propio análisis, me ayudó al proceso de elaboración de mi propio trauma. El libro como motor de mi análisis y así mi sesión motor de esta reseña. Un círculo virtuoso de elaboración. Desde aquí, agradezco esta reseña, este libro, el psicoanálisis y la sociología que me y nos acercan a la elaboración colectiva.

¹ Silveyra, Malena. *Conjugaciones, Programa de apoyo a juicios*, Universidad Nacional de La Plata, 2020, p. 7. Disponible en línea: <https://juiciobanfieldquilmelanus.files.wordpress.com/2021/04/conjugaciones-malena.pdf>